

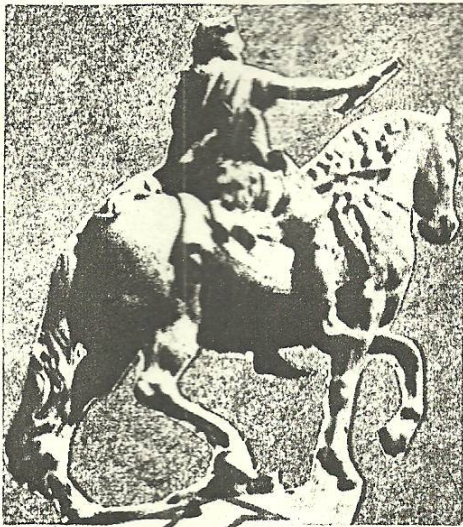
OPROBIO PARA NUESTRO EJERCITO SIGNIFICA LA ESTATUA DE CARLOS IV

Por Manuel López Pérez

En diciembre, día 9 y año de 1803, con solemnidad y gran festejo, se descubrió en la Plaza Mayor (de nuestra Ciudad de México) la estatua ecuestre del Rey don Carlos IV, (en lo de "ecuestre" vemos cierta anfilogía elogiosa para el rey y denigrante para el caballo), obra suprema de don Manuel Tolsá, "el Fidias valenciano", como se dió en llamarlo en aquellos días de su gloria. El sinvergonzón del virrey Branciforte fué el que tuvo la idea adulatoria de erigir ese monumento al paciente soberano. La estatua estaba cubierta con un amplio velo rojo en el centro de un ancho recinto limitado por alta balaustrada de piedra con cuatro elevadas puertas de sierra de primorosa hechura, obra del metalista Luis Rodríguez de Alconedo. Hinchía la plaza de mar a mar, enorme muchedumbre bulliciosa y alharaquenta. Había multitud de damas y señores en las más altas casas de México, con gran boato de trajes, en las ventanas y extensa balconería del Real Palacio que ondulaba de tapices y terciopelos colgantes. En el balcón principal destacábase Su Excelencia el virrey Iturrigaray con la virreyna, rodeados de dignatarios palatinos, oidores, señoras principales y caballeros de alcurnia, sedas joyantes, encajes, perfumes, plumas multicolores y la pedería de las alhajas brincando en mil iris de luz. Allí se encontraba satisfecho el barón de Humboldt con doña Ignacia Rodríguez de Velasco (la Glera Rodríguez). A una señal del virrey, se rasgó en dos el velo colorado que cubría la estatua, que quedó desparramando reflejos en medio de la mañana azul llena de sol.

Como el lector ha visto, hemos copiado el anterior relato de la conocida y sabrosa obra de don Artemio de Valle Arizpe, "La Glera Rodríguez", estimando tanto la autoridad del biógrafo, como la de la biografiada, ya que ambas produjeron en juicio estético sobre la obra de Tolsá. Don Artemio describiendo y la Glera criticando. En efecto, el primero nos informa de las ovaciones de la multitud entusiasmada, de la agitación de pañuelos hecha desde balcones y azoteas, del disparo simultáneo de diez piezas de artillería y del fragor de las salvas de los regimientos de la Nueva España, de Dragones y de la Corona; de los agudos estrépitos de clarines, del ronco estruendo de los parches y de los repiques de las campanas; todo esto que hubo al rasgarse el colorado velo. También nos dice don Artemio que antes del descubrimiento ofició la misa, en la Santa Iglesia Catedral, el Arzobispo don Francisco de Lizana y Beaumont, y se cantó un Te Deum por la capilla catedralicia con el acompañamiento de la vasta polifonía del órgano.

Contrastando con los elogios que Humboldt hizo del caballo, la experimentada guerra encontró el defecto: "Con la mayor gracia del mundo dijo que estaban a guisa altura lo que los hombres, equinos y otros animales tienen a diferente nivel. Su experiencia personal le enseñó esto



Véase nuestras armas ultrajadas por una de las patas del caballo de Carlos IV, símbolo de la dominación española. ¡Por decoro nacional debe quitarse este monumento!

de los dídimos, cosa en la que no reparó el insigne valenciano Tolsá".

II.

No hemos saqueado por puro capricho las alforjas literarias del gustado historiador de nuestra urbe, lo hemos hecho por fincar nuestro alegato contra el mantenimiento de la estatua de marras en el lugar en que se encuentra. Vale tan poco el personaje a caballo que Tolsá hubiera hecho bien en poner al caballo sobre el hombre, ya que en todo caso debe darse el mejor lugar a la virtud, cuando plásticamente la asociamos con el vicio; y es tan manifiestamente nulo el arraigo de la impresión estético-histórica del monumento en nuestro pueblo, que sólo repara en él como punto de referencia para señalar rumbos, cuando habla del movimiento circulatorio de vehículos de transporte, o de informaciones domiciliarias. Alguna vez otra vez se habla del "caballo de Troya", exhibiendo el predominio que en la mente mexicana ha conquistado la célebre estratagema de Ulyses, narrada por Homero en su poema inmortal, con relación a lo que en nuestra historia representa un monarca español, disfrazado de romano, sabiendo que sólo puede alegarse en favor de la semejanza, aquella dondescendencia de Catón con el tribuno Hortesiano que en algo se parece a Godoy. Pero para no

ser prolijos, concretemos nuestras razones:

La estatua de Carlos IV simboliza el poder español que nos esclavizó durante trescientos años.

La idea del monumento fué adulatoria, y la dió a luz el cerebro de un pillo de gran alzada como el virrey Branciforte.

La Iglesia intervino en la realización del servil proyecto del virrey, y la Iglesia fué uno de los órganos de la esclavización, pues sojuzgó, y sigue haciéndolo, la conciencia del pueblo mexicano, constituyendo siempre una fuerza de regresión, enemiga de la libertad, del progreso, y de la independencia.

Es insultante para el civismo mexicano que la Estatua de Carlos IV esté en el inicio del Paseo de la Reforma, a cuyo fondo se encuentra el Castillo de Chapultepec, santificado por la sangre heroica que vertieron nuestros aguiluchos en 1847, y que marginan en vallá gloriosa los próceres de la Reforma.

Desde el punto de vista del arte simbólico, el caballo de Carlos IV ultraja las armas de nuestros primeros héroes, y por lo tanto profana la fuente más limpia de la tradición de nuestro ejército. No es concebible que porque la reacción guste de honrar a un mentecato, tolere nuestro Instituto Armado que el carcaj, las flechas y la macana indios —¡armas nacionales!— sean colocados bajo las patas de un caballo que deberíamos regalar para el museo de la dictadura de Francisco Franco.

Si en vez del hombre coronado con laureles que don Francisco de Quevedo y Villegas hubiera sustituido por adorno más consistente y merecido, estuviera la efigie del gran repúblico Emilio Castelar, aún así disputáramos el sitio para un mexicano que, en este caso, debe ser don Miguel Hidalgo y Costilla, nuestro Padre Hidalgo.

La devoción mexicana elevó la Columna de la Independencia en honor de los héroes de 1810; la Estatua de Cuauhtémoc, para perpetuar la memoria del Águila Caída; la de Colón, para rendir culto al genio que agrandó el mundo de su tiempo.

¿Cuál genio o qué grandeza se está honrando con la estatua de Carlos IV? Su sitio como obra de arte ya se ha señalado en otras ocasiones.

Nombre de archivo: ARTICULO
Directorio: C:\Documents and Settings\JOSEFINA\Mis documentos
Plantilla: C:\Documents and Settings\JOSEFINA\Datos de programa\Microsoft\Plantillas\Normal.dot
Título:
Asunto:
Autor: El Retiro
Palabras clave:
Comentarios:
Fecha de creación: 15/05/2011 9:28:00
Cambio número: 89
Guardado el: 17/05/2011 12:19:00
Guardado por: El Retiro
Tiempo de edición: 1,190 minutos
Impreso el: 17/05/2011 12:20:00
Última impresión completa
Número de páginas: 1
Número de palabras: 0 (aprox.)
Número de caracteres: 2 (aprox.)